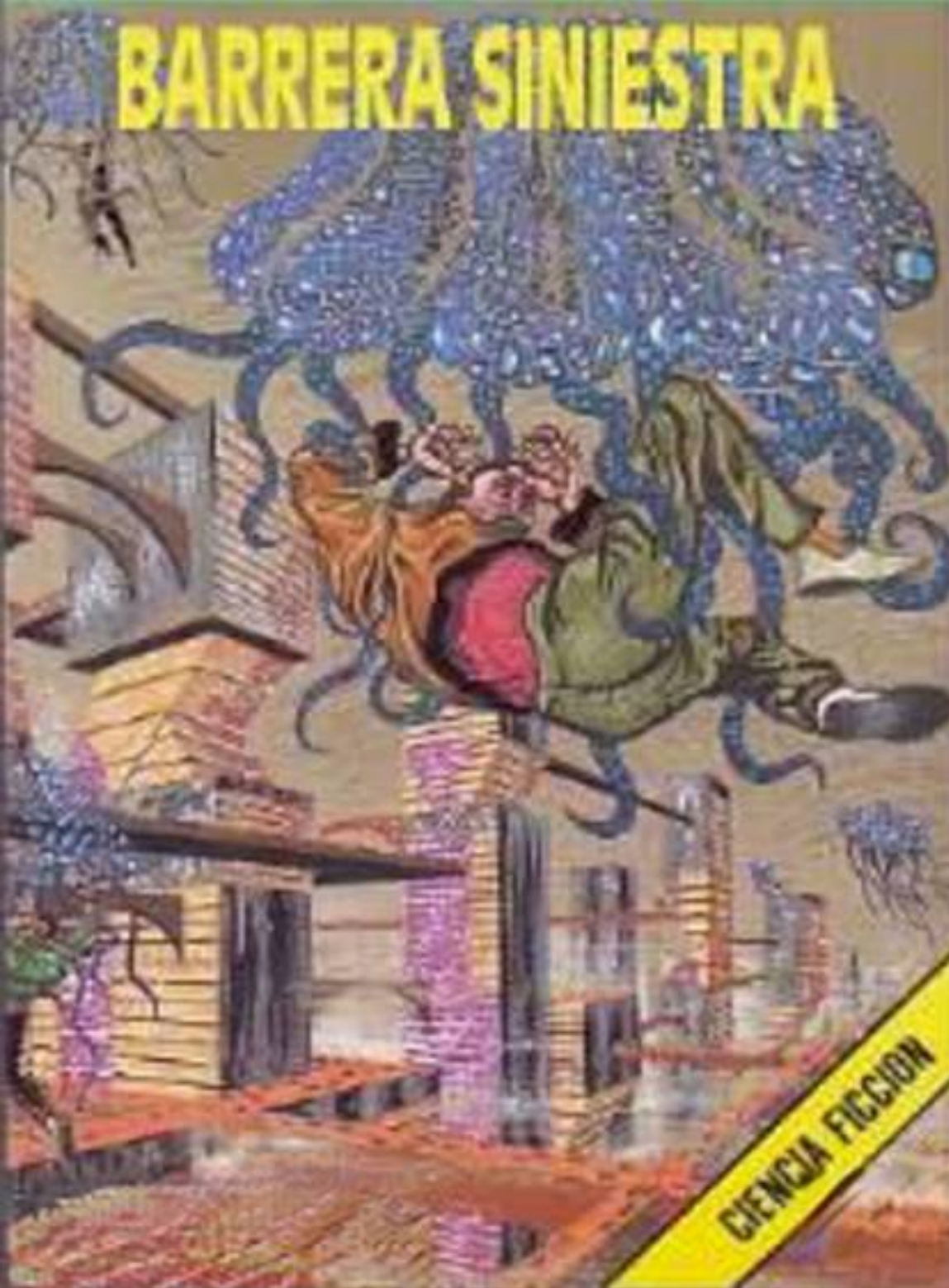


ERIC FRANK RUSSELL

BARRERA SINIESTRA



CIENCIA FICCION

Al investigar las muertes, aparentemente accidentales, de unos científicos, el investigador Bill Graham descubre el hecho más terrible e insospechado de la historia de la humanidad, lo que le obliga a enfrentarse al más maligno y despiadado de los enemigos, en una lucha sin cuartel, en la que está en juego el propio destino del hombre.

Recogiendo las teorías de Charles Fort y situada en nuestro futuro más inmediato, Eric Frank Russell nos ofrece una versión distinta y realmente original de uno de los temas clásicos en la ciencia ficción: el dominio de la raza humana por otros seres.

Escrita con la habilidad e inteligencia de una novela policíaca, mantiene el interés y la tensión del lector desde la primera a la última página.

«La obra más imaginativa de las últimas décadas».

Unknow Magazine

Presentación

Hace algún tiempo presentamos a los lectores de esta colección una novela titulada *El cerebro de Donovan*, original de Curt Siodmak, cuyo parentesco con el género policial era bastante lejano, pues más bien habría podido ser encasillada en lo que el americano Hugh Gernsback denominó en 1926 «science fiction».

El merecido éxito que obtuvo *El cerebro de Donovan* nos ha animado a incluir otra excelente muestra de este género, bautizado en verdad bastante tarde, pues no eran sino «science fiction» muchas de las novelas de Julio Verne, Edgar Poe y H. G. Wells, las que a su vez tenían honrosísimos antecedentes nada menos que en Platón, Cyrano de Bergerac y Voltaire. Mezcla de realidad y de imaginación, este género llena perfectamente el propósito a que responde nuestra colección: proporcionar al lector un medio de evasión de las «cosas previstas, uniformes, cotidianas».

Por otra parte, las buenas muestras del género «science fiction» —entre las que descuella *Barrera siniestra*— instruyen al lector sobre muchas cosas del dominio de la ciencia que de otro modo tal vez no llegara a conocer.

Así como acontece con la novela policial o de «suspenso», no son pocos los hombres de ciencia que distraen sus ocios con la lectura de «science fiction», quizá por ser los más aptos para juzgar sobre si lo que parece muchas veces el disparatado producto de una imaginación desenfrenada no será la realidad de mañana.

El Editor

Prefacio

Sería inútil pretender que Barrera siniestra es algo más que ficción; el sugerir otra cosa sería deshonesto. Algunos lo considerarán como una fantasía, porque se desarrolla en el futuro y describe ciertos adelantos que han de llegar probablemente con el tiempo. Pero, en mi opinión, es una especie de ficción real, porque creo sinceramente que si hay un libro que se basa en los hechos es éste.

Barrera siniestra es una historia tan real como puede serlo cualquiera que presente verdades que bajo capa de entretenimiento tal vez parezcan increíbles. Su atmósfera fantástica deriva solamente de la extrañeza, la excentricidad, la completa inexplicabilidad (por lo que se refiere a la ciencia) dogmática de los hechos establecidos que la hicieron nacer. Esos hechos son innumerables. Yo los conocí en forma de miles de recortes periodísticos, sacados de medio centenar de periódicos del Nuevo y del Viejo Mundo. Otros mil más me fueron relatados por aventureros más osados que yo; gentes que habían explorado más a fondo y con mayor atrevimiento los terrenos prohibidos donde sólo opera una ley: la de que la curiosidad mata al gato.

A pesar de que poseía una montaña de sugestiva evidencia, no conseguía formar con ella una historia, hasta que conocí a tres americanos, no juntos, pero sí con efecto acumulativo. Los tres formaban una trinidad maldita de la que nació la religión de la condenación de Barrera siniestra. El primero de los tres, un ciudadano de San Francisco,

amante de los debates a larga distancia, me preguntó: «Ya que todo el mundo quiere la paz, ¿por qué no la tenemos?». El segundo, un belicoso nativo de Iowa, me dijo: «Si existen razas extraterrestres más adelantadas que nosotros, ¿por qué todavía no nos han visitado?». Hasta que me encontré con el tercero, Charles Fort, no se me ocurrió pensar que tal vez habíamos sido visitados y seguíamos siéndolo todavía, sin darnos cuenta de ello. Charles Fort me dijo algo que muy bien podía servir de respuesta a ambas preguntas. Sencilla, pero demoledoramente, me declaró: «Creo que dependemos de alguien». Y ésa es la trama de Barrera siniestra.

Cuando apareció por primera vez esta novela, sus editores, Street & Smith, de New York, le dieron mucha publicidad en su cadena de revistas, describiéndola como «la mejor novela fantástica de las dos últimas décadas», y prediciendo que «pasaría a la historia con La guerra de los mundos de H. G. Wells, Veinte mil leguas de viaje submarino de Julio Verne, y Outward bound de Sutton Vane». En aquel entonces pensé que exageraban y que eso iba a ser mi muerte. Hay momentos en que es pecado revelar la verdad, y el premio del pecado es la muerte. Pero como sigo con vida, lo considero como una prueba satisfactoria de que la base de la historia es un disparate..., ¿o acaso debo mi propia conservación a la necesidad de esa «prueba»?

Sea como fuere, las ventas de la novela han llegado ya al cuarto de millón de ejemplares e, inevitablemente, algunos lectores me han enviado por correo grandes cantidades de informes acerca de hechos supranormales, recortados de sus periódicos locales. A causa de este nuevo montón de pruebas y de la naturaleza sangrienta de la historia prometida, que dio origen a este relato, estoy cada día más dispuesto a aceptar que existe una parte de verdad en la proposición básica, o sea, que el hombre no es, ni ha sido nunca, dueño de su destino y capitán de su alma. «Creo que dependemos de alguien». ¡Charles Fort no andaba

muy descaminado! Hace mucho tiempo que dependemos de los gérmenes comunes, ¿no es cierto?

Yo escribí esta historia, pero no es mía, al menos en el sentido en que son mías otras historias que he escrito. Ésta es una colaboración múltiple donde interviene cierto número de personas que irrumpieron en mi vida del modo más extraño, casi como si lo hubiera decidido una influencia exterior...; pero eso es también otra historia. A todos ellos les doy las gracias y especialmente a:

Charles Fort, autor de The book of the damned, New lands, Lol y Wild talents, por procurarme el embrión del argumento.

La Fortean Society de New York, y su temible secretario Tiffany Thayer, por procurarme las pruebas de la cobardía universal.

John W. Campbell, Jr. director de Astounding Science Fiction y Unknown Worlds, por no haberme dejado en paz hasta que esta novela se convirtió realmente en novela.

H. W. Ralston Esq., de Street and Smith Publishing Co. de New York, por renunciar a sus derechos y permitir que este libro reapareciera en su presente forma.

Julius Schwartz, director de Superman, por proporcionarme el recorte de periódico que aparece en la página siguiente, y con él la bujía cuya chispa me puso en marcha.

Lloyd Arthur Eshbach y asociados, de Fantasy Press, por animarme en mis obsesiones.

Los miles de aficionados a los relatos de ficción científica dispuestos a entrar por las puertas del Infierno con tal de hacerlo por el piso bajo y, por lo tanto, también dispuestos a leer esta historia.

Eric Frank Russell
Liverpool, Inglaterra; Enero de 1948

*Recorte de un periódico de New York:***PARA SER LEÍDO DE NOCHE CON Poca LUZ**

El difunto Charles Fort, que era una especie de Peter Pan de la ciencia e iba buscando por todas partes hechos extraños, preferiblemente en los basureros de la astronomía, se habría interesado mucho por un incidente que ocurrió el domingo por la mañana en la Quinta Avenida, entre las calles Veintinueve y Treinta.

Ocho estorninos en vuelo cayeron de repente muertos a los pies del agente de policía Anton Vodrazka. No presentaban la menor herida ni ningún indicio de cuál había sido la causa de su fin. Al principio se pensó que podían haber sido envenenados, como lo fueron recientemente unas palomas de la Plaza Verdi, entre la calle Setenta y Dos y Broadway.

Pero los agentes de policía declararon que es poco probable que ocho pájaros, aunque estuvieran envenenados, murieran al mismo tiempo en pleno vuelo. Pocos minutos más tarde se recibía en el mismo barrio otro informe que no sirvió precisamente para aclarar el misterio. Un estornino, «excitado y que actuaba como si lo persiguiera un peligro invisible», había entrado en un restaurante Childs de la Quinta Avenida, se había golpeado contra las luces y había caído en el escaparate.

¿Qué mató a los ocho estorninos? ¿Qué asustó al noveno? ¿Había alguna presencia en el cielo...? Nos apresuramos a pasar la idea al escritor de novelas de misterio más próximo.

Capítulo 1

«Una muerte rápida aguarda a la primera vaca que se rebele contra el ordeño», pensó el profesor Peder Bjornsen. Era un nuevo punto de vista, un punto de vista malvado, nacido de unos hechos espantosos. Se pasó los dedos, largos y delgados, por el cabello prematuramente blanco. Sus ojos, extrañamente saltones, llenos de curiosa luz, miraron por la ventana de su oficina, situada en el tercer piso, el tránsito nutrido de la céntrica Hötorget de Estocolmo. Pero, en realidad, sus ojos no miraban el tránsito.

«Y la primera abeja que se jacte de haber robado miel, será aplastada de un golpe», agregó. Estocolmo zumbaba y rugía, como una ciudad inconsciente de sus cadenas. El profesor siguió mirando, en una contemplación silenciosa y medrosa. Luego, de pronto, sus ojos se alzaron, se dilataron, se iluminaron de inquietud. Se apartó de la ventana, lentamente, de mala gana, como si haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, se retirara de un horror invisible que lo atraía.

Levantó las manos y trató de apartar, inútilmente, el aire que lo rodeaba. Sus ojos dilatados anormalmente, fríos y duros, pero brillantes de algo que estaba más allá del miedo, seguían con espantosa fascinación un punto informe, incoloro, que iba de la ventana al techo. Volviéndose con un terrible esfuerzo echó a correr, abriendo la boca y expeliendo el aire sin hacer ruido alguno.

Se hallaba a mitad de camino de la puerta cuando respiró brevemente, tropezó y cayó. Su mano agarró el calendario que había sobre el escritorio, haciéndolo caer sobre la alfombra. Sollozó, se llevó las manos al corazón y quedó inmóvil. La chispa que lo había creado se extinguió. La primera hoja del calendario se agitó a impulsos de una extraña brisa, procedente de no se sabía dónde. La fecha era el 17 de Mayo del año 2015.

Bjornsen llevaba cinco horas muerto cuando la policía descubrió el cadáver. Imperturbable, el forense diagnosticó que la defunción se debía a una enfermedad del corazón, dando así por terminado el examen. El teniente de policía Baeker, que curioseaba incansablemente por el lugar, encontró en el escritorio del profesor un mensaje de ultratumba.

«El conocimiento a medias es cosa peligrosa. Me es humanamente imposible disciplinar mis pensamientos cada minuto del día, dominar mis sueños involuntarios cada hora de la noche. Es inevitable que dentro de poco me hallen muerto, y en ese caso deben...».

—¿Deben qué? —preguntó Baeker. No obtuvo respuesta. La voz que podía haberlo escandalizado y espantado con su contestación se había callado para siempre. Baeker escuchó el informe del forense y quemó la nota. El profesor, como tantos hombres de su clase, decidió, se había vuelto excéntrico con la edad, seguramente a causa de un exceso de ciencia abstrusa. En realidad, y oficialmente, su muerte se debía a una enfermedad del corazón.

El trece de mayo, el doctor Guthrie Sheridan atravesaba el Charing Cross Road de Londres, con el paso deliberado y rígido de un autómata. Sus ojos brillaban con una luz helada y estaban fijos en el cielo, mientras sus piernas seguían moviéndose mecánicamente. Tenía el extraño aspecto de un ciego que sigue un camino que le es familiar.

Jim Leacock, que lo vio caminar como fascinado, no notó nada anormal. Corrió hacia él y le gritó: «¡Eh, Sherry!», dispuesto a darle una cordial palmada en el hombro. Pero se detuvo, espantado.

Guthrie volvió hacia él su rostro pálido y alterado, donde los ojos brillaban como carámbanos a la luz azulada del crepúsculo, y agarrándole el brazo, le dijo:

—¡Jim! ¡Dios bendito, cuánto me alegro de verte! —su respiración era jadeante, su voz apremiante—. Jim, tengo que hablar con alguien, o me volveré loco. Acabo de descubrir el hecho más extraordinario en la historia de la humanidad. Es casi increíble. Sin embargo, explica mil cosas que se sospechaban solamente, o que se ignoraban por completo.

—¿De qué se trata? —preguntó Leacock con escepticismo, estudiando el rostro alterado del otro.

—Jim, el hombre no es ni ha sido nunca el dueño de su destino ni el capitán de su alma. ¡Pero si las mismas bestias de los campos...! —se interrumpió, agarrándose de su interlocutor; su voz subió dos tonos, en una nota histérica—. ¡Lo he descubierto! ¡Te digo que lo he descubierto! —sus piernas se doblaron por las rodillas—. ¡Esto es mi fin! —y cayó al suelo.

Apresuradamente, sobresaltado, Leacock se inclinó sobre él y abriéndole la camisa le puso una mano en el pecho. No se sentía ningún latido. El corazón que antes latía con tanta prisa se había callado... para siempre. Sheridan había muerto. De una enfermedad del corazón, al parecer.

A la misma hora y en el mismo día, el doctor Hans Luther hizo algo similar. Atravesó el laboratorio a una velocidad de la que parecía incapaz su rechoncho cuerpo, bajó corriendo las escaleras y cruzó el vestíbulo. Huía echando miradas temerosas por encima del hombro, y esas miradas brotaban de unos ojos que parecían de ágata pulimentada.

Al llegar al teléfono marcó un número con dedo tembloroso, consiguiendo comunicarse con el *Dortmund Zeitung* y pidió a gritos que lo pusieran al habla con el director. Con los ojos fijos aún en la escalera, mientras el receptor telefónico vibraba contra su oído, gritó:

—Vogel, tengo para usted la noticia más asombrosa desde el comienzo de los tiempos. Tienen que concederle espacio, mucho espacio, y pronto..., antes de que sea demasiado tarde.

—Déme los detalles —sugirió Vogel, tolerante.

—La Tierra está rodeada de un letrero que dice: ¡APARTADOS DE LA HIERBA! —Luther miró a la escalera y su frente se cubrió de sudor.

—¡Ja, ja! —respondió Vogel sin alegría; su rostro pesado, que aparecía en la diminuta pantalla del televisor sobre el teléfono, tenía la expresión paciente del que está acostumbrado a las excentricidades de los hombres de ciencia.

—¡Escuche! —aulló Luther enjugándose la frente con mano temblorosa—. Usted me conoce. Sabe que no digo mentiras, que no bromeo. No le digo nada que no pueda probar. Por eso le digo que ahora, y quizá desde hace miles de años, nuestro mundo perturbado... ¡a-ah...! ¡a-ah!

El receptor, que colgaba del extremo del cordón, emitió un grito ahogado.

—¡Luther! ¡Luther! ¿Qué ha ocurrido?

El doctor Hans Luther no contestó. Doblando lentamente las rodillas, puso en blanco los ojos extrañamente brillantes y cayó de costado. Su lengua humedeció torpemente los labios, una, dos veces. Luego murió en un horrible silencio.

El rostro de Vogel se agitó en la pantalla del televisor. El receptor dejó escapar unos ruidos agitados, para unos oídos que ya no podían oírlos.

Bill Graham no sabía nada de las tragedias precedentes, pero se enteró de lo que le ocurrió a Mayo, porque se encontraba precisamente en el mismo lugar en que el hecho sucedió.

Se paseaba por la calle Catorce Oeste de New York, cuando sin motivo particular alzó los ojos hacia la alta fachada del Martin Building y vio un cuerpo humano que caía desde el piso duodécimo.

El cuerpo bajaba retorciéndose, dando vueltas, con los brazos extendidos, tan impotente como si fuera un lío de trapos. Golpeó el pavimento y rebotó nueve pies. El ruido que produjo era apagado y penetrante a la vez. Parecía que en el cemento se hubiera estrellado una gigantesca esponja escarlata.

A veinte metros de Graham una mujer gruesa se detuvo en seco, miró la mancha y el cuerpo, y su rostro tomó un tinte azulado. Dejando caer su bolso, se desplomó sobre la acera, cerró los ojos y murmuró algo sin sentido. Un centenar de transeúntes formó un círculo que iba creciendo rápidamente y cuyo centro era el cadáver. Se empujaban y se daban codazos, tratando de ver mejor.

El muerto no tenía cara. Sus ropas empapadas en sangre estaban coronadas por una espantosa máscara que parecía hecha de una mezcla de fresas y crema revueltas. Graham no sintió asco alguno al inclinarse sobre el cadáver; había visto cosas peores en la guerra.

Sus dedos, fuertes y tostados, registraron el bolsillo del pegajoso chaleco y sacaron una cartulina salpicada de sangre. Al mirar la tarjeta dejó escapar un silbido de sorpresa.

—¡El profesor Walter Mayo! ¡Dios mío!

Tragando con dificultad, miró una vez más los desdichados restos caídos a sus pies y luego se abrió paso por entre el grupo creciente de gente que comentaba lo ocurrido en voz baja. Las puertas giratorias del Martin Building remoli-

nearon tras él, mientras corría hacia los levitadores neumáticos.

Tocando la tarjeta con dedos insensibles, Graham se esforzó por ordenar sus confusos pensamientos, mientras su disco de una plaza subía rápidamente por el tubo. ¡Mayo, morir de aquel modo!

Al llegar al piso decimosexto, el disco se detuvo con un blando rebote y un suspiro de aire que se escapa. Graham corrió por el pasillo abajo, llegó al laboratorio de Mayo y vio que la puerta estaba entreabierta.

En el laboratorio no había nadie. Todo parecía tranquilo y ordenado, sin señales de ningún disturbio reciente.

Una mesa de diez metros de largo estaba cubierta de una serie de aparatos en los que reconoció el conjunto de piezas necesarias para la destilación destructiva. Tocó las retortas. Estaban frías. Evidentemente el experimento no se había comenzado.

Contó los frascos y decidió que habían dispuesto todo aquello para extraer el decimosexto producto de algo que, al abrir el horno eléctrico, resultó ser una cantidad de hojas secas. Por su forma y olor parecían ser cierta clase de hierba.

Los papeles que había en un escritorio cercano se agitaban con la brisa que entraba por una ventana abierta de par en par. Fue a ella, miró hacia abajo y vio una enorme multitud que rodeaba a cuatro figuras vestidas de azul y al cadáver. Una ambulancia se detuvo junto a la acera. Graham frunció el ceño.

Dejando la ventana abierta, repasó apresuradamente los papeles que cubrían la mesa del difunto profesor y no vio nada que pudiera satisfacer su curiosidad sin objetivo. Lanzó una última mirada a su alrededor y salió del laboratorio. Su disco, al bajar, se cruzó con otro en el que subían dos policías.

En el vestíbulo había una hilera de cabinas telefónicas. Entró en una de ellas, hizo girar el disco y vio aparecer el